

XXX DOMINGO T.O. – C –

27/X/2013
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

Celebramos hoy el Trigésimo Domingo del Tiempo Ordinario. El Tiempo Ordinario es un tiempo litúrgico que abarca 35 semanas, que identificamos con el color verde de la casulla del sacerdote. Durante estas 35 semanas recorreremos la vida pública de Jesús, desde que inicia su predicación hasta que se acerca el momento de su Pasión.

Nos acercamos, por tanto, al final de este tiempo litúrgico al comenzar hoy la trigésima semana. Y estas últimas semanas tienen como horizonte el fin del mundo y de la historia: la manifestación universal de la soberanía de Cristo, el Juicio Universal, el cielo, el purgatorio y el infierno. La liturgia de estos días nos ayuda a contemplar nuestra vida presente en relación a este horizonte fundamental.

Dicho esto podemos entender mejor la palabra que Dios nos dirige hoy.

La primera lectura hace una afirmación fundamental: Dios es un juez justo y hace justicia. Por su lado, el Evangelio nos da uno de los criterios fundamentales con los que Dios dicta sentencia: la humildad. Jesús lo resume en una frase: **«Todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido»**. Dios ejerce como juez justo y uno de los criterios fundamentales de esta justicia es la humildad.

Y hay que entender el juicio de Dios y este criterio de la virtud de la humildad en el horizonte del que os hablaba al principio: en el horizonte del fin del Universo y en el horizonte del fin de nuestra vida, en relación con el lugar al que la gracia de Dios y también nuestras propias obras nos llevan.

Vamos a la primera lectura. Cada época tiende a oscurecer o a dejar de lado alguno de los aspectos de la verdad de la fe cristiana. En nuestra época, uno de los aspectos que tendemos a olvidar es que Dios es un juez justo y que realmente hará justicia. Es lo que nos recuerda de forma contundente la primera lectura: **«El juez justo hace justicia»**. Muchas veces nos ha parecido que el Juicio de Dios era algo terrible, que nos llevaba al temor o al miedo. Pero si se considera bien, es la única garantía de que todas las injusticias que sufrimos en esta vida, serán resarcidas. En esta vida frecuentemente observamos y sufrimos la injusticia y Dios es el único garante de que al final se hará justicia. Dios asegura a los que en este mundo han sufrido la crueldad, la indiferencia, el desamor, el crimen, la maledicencia, la envidia o la difamación que él les hará justicia, justicia verdadera que les resarcirá. El libro del Eclesiástico es tremendamente expresivo: **«los gritos de los pobres atraviesan las nubes hasta alcanzar a Dios»**. El corazón de los que en este mundo sufren la injusticia de los hombres reclama justicia y la obtendrán de Dios. Eso sí, cuidado los que en este mundo comenten la injusticia, los que absuelven al culpable, los que condenan al inocente, los que tratan a los más

pequeños, o a los más débiles o a los más pobres injustamente. **"Dios, el Juez justo, hace justicia"**.

Ahora, es claro que si Dios no fuese un Dios misericordioso, ninguno tendríamos esperanza. Sin embargo Dios es misericordioso. Su justicia está llena de misericordia. La misericordia le ha llevado a emitir ya una sentencia de perdón: es la sentencia de la cruz. En la cruz, **«en Cristo estaba Dios — dice san Pablo— reconciliando al mundo consigo»**. En la cruz Dios ofrece el perdón a todos los hombres, a todos sin excepción. El perdón es fruto de la justicia misericordiosa de Dios. Pero es justamente aquí donde entra en juego, como virtud necesaria, la humildad. Misericordia significa entregar el corazón a los miserables. Y sólo los que se saben miserables, los que se reconocen miserables pueden acogerla, los otros la despreciarán. El ejemplo que pone Jesús es claro: un fariseo se acerca a Dios creyendo que es justo y que Dios debe premiarle. Es un necio, cegado por su orgullo, no sabe que delante de Dios todos somos culpables y que sólo la misericordia de Dios es nuestra esperanza. Sin embargo un publicano, un pecador público, reconoce su pecado y suplica perdón y lo obtiene.

Al final sólo el humilde podrá gozar de la misericordia de Dios. El orgulloso se incapacita para acogerla. Por eso la humildad es una virtud fundamental. La humildad es una virtud que tiene que ver con la pequeñez, con la debilidad, con lo pobre, con lo sencillo... No requiere estudios, ni riquezas, ni buena posición, ni buena fama. Parecería por eso que sencilla de adquirir, pero no es así, necesita un ejercicio constante de despojo del propio yo, de negación del propio yo que la hace verdaderamente difícil. En realidad resulta muy caro adquirir la pobre humildad.

Es muy difícil encontrar a un hombre verdaderamente humilde, también entre los cristianos. Normalmente aparentamos humildad, pero casi siempre es mera apariencia. En cuanto nos sentimos heridos o humillados por una injusticia, por un desaire o un desprecio, aflora nuestro orgullo y la humildad desaparece. Ella era sólo una apariencia, nuestra verdadera personalidad está dominada por el orgullo.

Con lo cual, aunque nos parezca mentira, la humildad es una virtud extraña a nosotros. Es común a Dios que, siendo grande y santo, es humilde; es extraña a nosotros que, siendo miserables, somos orgullosos. Sin embargo el Señor la ama como a una perla preciosa. Él ama a los humildes y mira desde lejos a los soberbios. **«Todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido»**.

En esta vida el Señor intenta enseñarnos humildad, permitiendo un enfermedad que nos hace saber que no somos eternos; permitiendo un desprecio, que nos hace saber que no somos adorables. Permite sufrimientos para que aprendamos que necesitamos de él y de los otros. Puede permitir que el sacerdote fracase durante años en su predicación y en su labor sólo para llamarle a la humildad. Puede hacer que un hombre inteligente y decidido fracase en sus quehaceres para que se percate de que no es auto-suficiente. Dios nos llama a la humildad, nos amonesta, nos advierte, nos la sugiere, nos la ofrece como amiga... pero al fin, nosotros somos los que debemos arrodillar nuestra alma ante él y ante los otros y reconocer de corazón: «Yo no soy nada, soy un pobre que no puede nada sin la ayuda de los otros, y sobre todo no soy nada sin ti. Te suplico que me ayudes».

En esta vida Dios nos llama a la humildad, pero no nos la impone, debemos elegirla nosotros. Sin embargo cuando nosotros lleguemos a la presencia de Dios, en su templo verdadero, entonces Dios hará justicia conforme a esta máxima que hoy adelanta Jesús: **«El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».**

«El que se enaltece será humillado». Enaltecerse es lo que hizo el demonio y lo que hacen todos los que se convierten en sus discípulos. Él, como todos los orgullosos, quiso ser su propio Dios, no tener que depender de nadie, no tener que obedecer a nadie. Ser dios de sí mismos, primero, y luego también de los demás. Pero su sentencia está fijada: la humillación, que no es sino la consecuencia de su salto en el vacío, su lejanía de la única fuente de vida, su lejanía de Dios. Eso es el infierno. Se alejan de Dios creyendo que pueden ser sus propios dioses, pero lejos de Dios no existe sino la muerte.

«El que se humilla será enaltecido». Esa es la sentencia de Dios sobre su propio Hijo Jesucristo: se humilló hasta la muerte, hasta confundirse con el pecado, hasta pasar por un pecador y por un maldito, aceptando la injusticia de los hombres, cargando con sus pecados, y Dios lo levantó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre. Y esa es la sentencia de todos los que se unen a Cristo en su mismo camino de humildad y de obediencia.

Observad que en este camino de la humildad no se rechaza a los pecadores, de hecho ante Dios en su templo, según la parábola de Jesús, el que es justificado es un pecador. La justicia de Dios es una justicia llena de misericordia para los que reconocen que son nada, para los que reconocen sus miserias, para los que suplican perdón. Son los que no son capaces de reconocer sus miserias los que han de temer.

Para concluir: sabiendo que es una virtud necesaria pero difícil, empeñémonos en el camino de la humildad, aceptando nuestras limitaciones, aprendiendo a obedecer, aprendiendo que no somos dioses, aprendiendo a sufrir con paciencia enfermedad o reveses, aprendiendo a reconocer nuestros límites naturales y nuestros pecados, pidiendo frecuentemente perdón a los hombres y a Dios. «Sed pequeños, sed humildes», repetía san Felipe a los suyos. Eso es lo que debemos buscar: la cara virtud de la pobre humildad. Sigamos a Cristo por el camino de la obediencia y de la humildad, para recibir por pura misericordia su misma gloria.

Alabado sea Jesucristo.

Siempre sea alabado.

P. Enrique Santayana C.O.